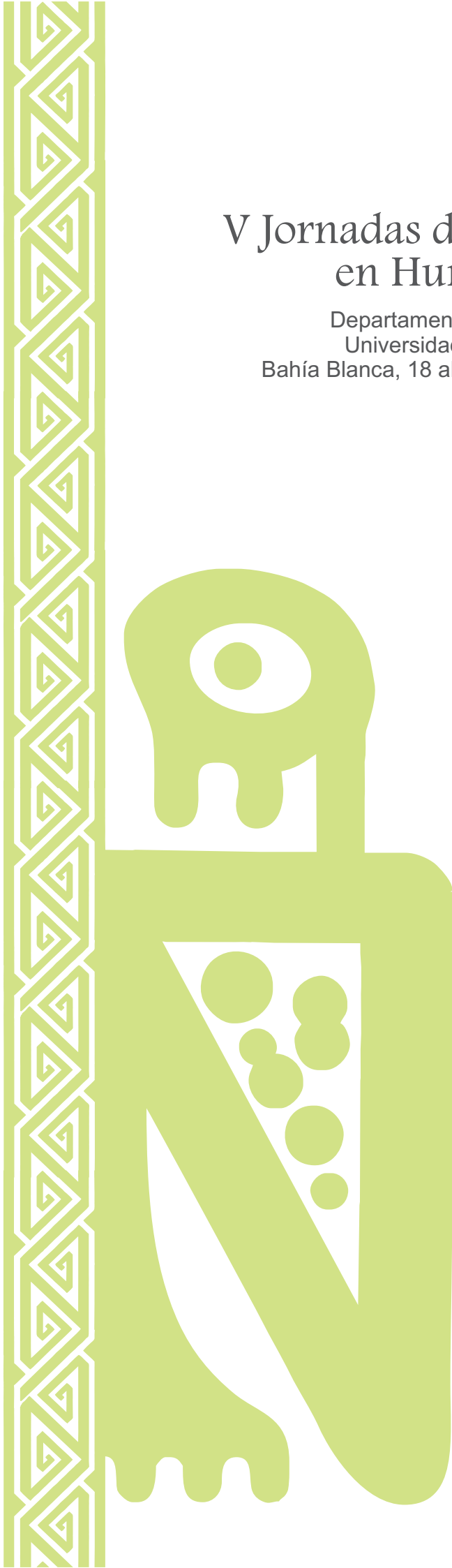


V Jornadas de Investigación en Humanidades

Departamento de Humanidades
Universidad Nacional del Sur
Bahía Blanca, 18 al 20 de noviembre de 2013

www.jornadasinvhum.uns.edu.ar



Volúmenes Temáticos de las
V Jornadas de Investigación en Humanidades

coordinación general de la colección
GABRIELA ANDREA MARRÓN

Volumen 6

**La literatura y el arte:
experiencia estética, ética y política**

ANA MARÍA ZUBIETA
NORMA CROTTI
(editoras)

Superar la metafísica, superar la estética. Arte y poesía en el pensamiento heideggeriano

Carolina DONNARI
Universidad Nacional del Sur - CONICET
carodonnari@gmail.com



Es bien sabido que el núcleo del pensamiento heideggeriano radica en un planteamiento originario de la pregunta por el ser, aquella cuestión primordial y urgente que ha sido, sin embargo, progresivamente olvidada y desestimada por la tradición metafísica. Heidegger se propone restituir a esta cuestión su legitimidad perdida, a través de una confrontación histórica con las conceptualizaciones que han marcado el curso del pensamiento metafísico-filosófico, a fin de poner de manifiesto lo que en ellas permanece impensado: el ser mismo en su verdad. En este contexto, la pregunta por el arte constituye uno de los grandes hilos conductores del pensar heideggeriano. Así, en *Aportes a la filosofía*, su gran obra publicada póstumamente, el filósofo alemán señala que

La pregunta por la obra de arte [...] se encuentra en íntima conexión con la tarea de superación de la estética, es decir, al mismo tiempo, de una determinada concepción del ente como de lo objetivamente representable. La superación de la estética resulta, por otra parte, necesaria a partir de la confrontación histórica con la metafísica como tal (Heidegger, 2003:397).

¿En qué sentido debe comprenderse la importancia de una superación de la estética dentro del marco más general de una superación de la metafísica? ¿Qué relación establece Heidegger entre el arte y el punto en torno al cual gira todo su pensamiento, a saber, la pregunta por el ser? En las páginas que siguen, intentaré mostrar que el planteamiento heideggeriano de una superación de la metafísica implica

una superación de la estética en tanto disciplina orientada a la reflexión sistemática sobre lo bello en general y el arte en particular, que tiene su origen y piedra fundacional en la noción moderna de sujeto. En la medida en que la estética determina el ente como lo objetivamente representable, el salto al “otro comienzo” del pensar que Heidegger propone conduce necesariamente a la pregunta en torno a la legitimidad y necesidad de una comprensión estética del arte. Asimismo, la importancia radical de alcanzar una comprensión originaria del arte se vislumbra a la luz de las consideraciones heideggerianas en torno a una nueva forma de “habitar un mundo”, alternativa a la metafísica, que hunde sus raíces en una experiencia poética del ser y los entes.

Para comprender estas nociones, es necesario exponer brevemente qué comprende Heidegger por “metafísica”. El filósofo describe a la metafísica no como a una mera disciplina, sino como aquella concepción occidental que ha identificado erróneamente el ser con los entes, olvidando, en consecuencia, que entre ambos se abre una “diferencia ontológica”, que el ser se da siempre en los entes, pero no se agota en ellos. La metafísica ha comprendido el ser como una sustancia fija, ha comprendido el ser como mera *presencia efectiva* de los entes, ha asociado el ser a un único horizonte temporal, el presente. Pero al hacerlo ha encubierto, precisamente, el carácter esencialmente temporal del ser, puesto que rápidamente olvida que el efectivo presenciar, la asistencia constante, es una forma del acontecer del ser, que es en sí mismo temporal e histórico. De acuerdo a Heidegger, el ser tiene una historia, el ser *es* historia, y la metafísica no es sino una época de la historia del ser (*Seinsgeschichte*), en la cual, paradójicamente, el ser mismo resulta olvidado, opacado por el presenciar de los entes. Y es que el punto nodal del planteo heideggeriano es el que indica que el ser no sólo se da, acontece como presencia, sino que también se rehúsa, se sustrae como reserva inagotable de posibilidades (Heidegger, 2001b:23-28).

De acuerdo a Heidegger, la comprensión metafísica del ser sostiene toda la historia del pensamiento occidental, pero encuentra su consolidación en la modernidad. En la conferencia “La época de la imagen del mundo”, de 1938, Heidegger indica que la modernidad es la época en la que el mundo como tal se convierte en imagen, esto es, es objeto de la representación de un sujeto (Heidegger, 2010:73-77). La modernidad es, en efecto, el momento histórico en el cual surge la noción de sujeto tal como hoy la comprendemos. El *subjectum* medieval, que como traducción del griego *hypokeímenon* se refería a

aquello que como fundamento reúne todo sobre sí, se transforma ahora en sujeto y tiene al hombre como única y definitiva referencia.

Esta transformación tiene profundas consecuencias, puesto que “si el hombre se convierte en el primer y auténtico *subjectum*, esto significa que se convierte en aquel ente sobre el que se fundamenta todo ente en lo tocante a su modo de ser y su verdad. El hombre se convierte en centro de referencia de lo ente como tal” (Heidegger, 2010:73). En la medida en que el hombre se ubica a sí mismo como centro y medida del universo, considera a los entes como algo disponible puramente disponible. Esta disposición incluye también la comprensión metafísica del arte, puesto que uno de los fenómenos esenciales de la modernidad “es el proceso que introduce el arte en el horizonte de la estética. Esto significa que la obra de arte se convierte en objeto de la vivencia y, en consecuencia, el arte pasa por ser expresión de la vida del hombre” (Heidegger, 2010:63). Como veremos más adelante, Heidegger apunta a revalorar el poder ontológico de la obra de arte, distanciándola, en consecuencia, de la visión representadora del sujeto moderno.

Heidegger considera que la comprensión metafísica del ser se extiende hasta la contemporaneidad, en la que se manifiesta en la forma de la técnica moderna. La técnica comprende los entes como *Gestell*, mero marco o “estructura de emplazamiento”, puro objeto de consumo. (Heidegger, 2001a:19). En su configuración técnico-tecnológica, la metafísica ya no piensa el ser, sino que reduce el ente al carácter de “cosa” disponible como reserva de energías. En consecuencia, la técnica elimina cualquier posibilidad latente de experimentar el ser, incluso desde una perspectiva metafísica. Por este motivo, Heidegger describe la contemporaneidad como la época de la consumación (*Vollendung*) de la metafísica, la época en la que la metafísica llega al máximo despliegue de sus posibilidades internas (Heidegger, 2001b:79). Este final de la metafísica “se muestra como el triunfo de la instalación manipulable de un mundo científico-técnico, y del orden social en consonancia con él”, es decir, como el “comienzo de la civilización mundial fundada en el pensamiento europeo-occidental” (Heidegger, 2001b:80).

La técnica moderna representa, según Heidegger, un tiempo de peligro extremo e inminente. Este peligro, no obstante, no proviene de los potencialmente letales aparatos y maquinarias de la técnica. El verdadero peligro radica en que “el dominio de la estructura de emplazamiento amenaza con la posibilidad de que al hombre le pueda ser negado entrar en un hacer salir de lo oculto más originario, y de que de este modo le sea negado experimentar la exhortación de una verdad más inicial” (Heidegger, 2001a:26). Y sin embargo, señala Heidegger

citando a Hölderlin, “donde está el peligro, crece también lo que salva”. El extremo olvido del ser que tiene lugar en la época de la técnica nos abre, al mismo tiempo, una posibilidad de superar el pensamiento metafísico.

En efecto, Heidegger considera que en la técnica moderna hay un aspecto originario, por cuanto la técnica, como toda metafísica, es un “destino” (*Schicksal*) de la historia (*Geschick*) del ser, es una de las formas en las que el ser acontece históricamente. La idea de destino remite, a su vez, a otra de las nociones centrales del pensamiento heideggeriano, a saber, la de verdad como desocultamiento (*Unverborgenheit*). Heidegger señala que, junto con una concepción errónea del sentido del ser, la metafísica ha desarrollado una mala interpretación de la verdad. Según el filósofo alemán, la definición tradicional de la verdad como *adaequatio intellectum ad rem* es tan sólo una comprensión derivada de la esencia de la verdad, que no alcanza a dar cuenta de su acontecer originario: el desocultamiento del ser en la forma del presenciar, que implica siempre, no obstante, algo que se rehúsa, algo que permanece oculto. Para que las cosas concuerden con el juicio, dice Heidegger en *Ser y tiempo*, es necesaria la presencia previa de las cosas, es necesario que la cosas se muestren en lo que ellas mismas son (Heidegger, 1951:240).

Heidegger encuentra una expresión de esta comprensión originaria de la verdad en la palabra griega *alétheia*, aquel desocultamiento en el que algo siempre permanece velado. La verdad, desde esta perspectiva, se identifica con el ser mismo: la verdad de lo que es no es sino su propio acontecer, su propio ser en el desocultamiento. Se comprende, entonces, cuál es el sentido originario de la técnica y de la metafísica en general: como destinos del ser, ellas también son modos del desocultamiento, son una forma más de surgir los entes a la presencia. Cuando experimentamos la técnica como un destino más de la verdad del ser, comprendemos que la metafísica no constituye la única forma de comprender el mundo. En este sentido, Heidegger recuerda que en la antigua Grecia *téchne* no sólo era el nombre para la técnica, sino también para las artes. En aquel entonces,

las artes no procedían de lo artístico. Las obras de arte no eran disfrutadas estéticamente. El arte no era un sector de la creación cultural. ¿Qué era el arte? [...] ¿Por qué llevaba el sencillo nombre de *téchne*? Porque era un hacer salir de lo oculto que trae de y que trae ahí delante y por ello pertenecía a la *poíesis*. Este nombre lo recibió al fin como nombre propio aquel salir de lo

oculto que prevalece en todo arte de lo bello, la poesía, lo poético (Heidegger, 2001a:31).

Heidegger señala así que el arte, al igual que la técnica, es un modo del desocultamiento, pero uno más originario y primordial.

Será precisamente esta relación entre obra de arte y verdad la que Heidegger explore en “El origen de la obra de arte”, una conferencia de 1935. Allí, Heidegger expone una comprensión ya no estética, sino ontológica de la obra de arte, por cuanto la obra de arte es, antes que nada, un “ponerse a la obra” la verdad (Heidegger, 2010:41). Como hemos señalado más arriba, Heidegger piensa que la estética forma parte de la comprensión metafísica del ser. La estética transforma la obra de arte en objeto, concretamente en un objeto de la *aísthesis*, de la aprehensión sensible en sentido amplio (Heidegger, 2010:57). Para él, por el contrario, la obra de arte es un “acontecer de la verdad”, en tanto ella permite que los entes se manifiesten en lo que ellos mismos son. Heidegger denomina a este desocultamiento la “contienda de tierra y mundo” que acontece en la obra. “Mundo” se refiere al desocultamiento de la verdad, a la multiplicidad de sentidos que la obra despliega, mientras que “tierra” indica la reserva de significados que la obra resguarda, es decir, el ocultamiento. La verdad que acontece en la obra de arte es *alétheia*, verdad originaria. Y esta comprensión originaria de la verdad constituye el tipo de experiencia radicalmente distinta a cualquier interpretación metafísica del ser y la verdad: considerar la verdad no desde una perspectiva estética, sino ontológica, implica ponernos en camino hacia una superación de la metafísica.

Según Heidegger, superar (*überwinden*) la metafísica es hacer un giro, a fin de torcer (*winden*) la comprensión metafísica del ser. Esta superación, como señala Vattimo, tiene el sentido del reponerse de una enfermedad: para dejar atrás la metafísica, hay que atravesarla, hay que convalecerla (Vattimo, 1986:40). Esto implica, pues, dar un “paso atrás” (*Schritt zurück*) desde el pensar vigente hacia el origen de la filosofía, a fin de pensar lo que en la metafísica permanece impensado: el ser mismo en su verdad, no ya como sustancia sino como *Ereignis*, como evento o acontecimiento (Heidegger, 2008:85). Heidegger dice que esta es una tarea que corresponde en gran medida a los pensadores, es decir, a aquellos capaces de prestar atención al “llamado del ser”. Pero el filósofo también reserva a los poetas un lugar esencial en esta búsqueda de una existencia auténtica.

Heidegger piensa que, entre todas las formas de arte, la poesía (*Dichtung*) ocupa un lugar destacado, puesto que las palabras son su

elemento, y el lenguaje es el lugar originario en el que la verdad del ser acontece: “en la medida en que el lenguaje nombra por primera vez a lo ente, es este nombrar el que hace acceder lo ente a la palabra y la manifestación. Este nombrar nombra a lo ente *a* su ser *a partir* del ser. [...] El poema es el relato del desocultamiento de lo ente” (Heidegger, 2010:53). El decir poético no emplea palabras como medios de comunicación que designan objetos verificables y representables, sino que nombra esencialmente, convoca en la palabra. En esta reflexión poetizante, señala Heidegger, advertimos que la palabra, como el ser, no es un ente, ni tampoco lo es la relación de ente y ser. La palabra es un darse, un *es gibt*, porque la palabra *da el ser*, señala el ámbito en el que el ser acaece.

La íntima relación que une al pensar y el poetizar lleva a Heidegger a preguntarse, empero, si no nos enfrentamos al peligro de “limitar” en cierto sentido ambas ocupaciones. En efecto, “existe el riesgo de pensar demasiado y cerrarse a la poesía, y el riesgo opuesto de resistirse a admitir que la verdadera experiencia con el lenguaje sea sólo la pensante, siendo que el elevado poetizar oscila permanentemente hacia un pensar” (Picotti, 2010:108). El pensar y el poetizar se requieren mutuamente porque ambos se mueven en la vecindad del ser, pero cada uno de ellos determina de manera diferente este ámbito que comparten. Poetizar y pensar son las dos formas esenciales en que se bifurca el lenguaje: el poeta nombra lo sagrado, lo que sólo nos ofrece sus signos, mientras que el pensador nombra la esencia de las cosas; acogiendo los signos de lo que acontece, el poeta funda el lenguaje y la historia, en tanto que la tarea del pensador es cuestionar y aclarar el acaecimiento.

Cantar y pensar -dice bellamente Heidegger- son los troncos vecinos del poetizar. Nacen del ser y alcanzan su verdad. Su relación hace pensar lo que Hölderlin canta de los árboles del bosque: “Permanecen desconocidos el uno del otro, mientras se elevan sus vecinos troncos” (Heidegger, 2007:45).

Ahora bien, el rol de los poetas en pos de una superación de la metafísica se torna aún más significativo si se tiene en cuenta que esta no es una especulación teórica, sino que tiene, para Heidegger, un valor exhortativo: se trata, justamente, de hacer una *experiencia* originaria del ser, experiencia que se manifiesta en la forma de un *habitar no metafísico*. Tal habitar sólo puede ser, de acuerdo a Heidegger, un habitar poético (Heidegger, 2001a:139-152). Al nombrar la esencia de las cosas, el poeta instauro la morada de los hombres en la vecindad del ser; señala al hombre que un habitar originario no puede

acontecer en el ámbito de la maquinación y el señorío de la técnica, sino en la dimensión esencial de la cuaternidad: “salvando la tierra y no devastándola, acogiendo el cielo y sus signos, honrando lo sagrado, lo que trasciende, acompañando a los mortales, en el estar entre las cosas al cuidar su despliegue o erigirlas” (Picotti, 2010:121).

Cuando dejamos de pensar el arte estéticamente, como producto de las vivencias de un sujeto, y lo comprendemos desde el horizonte originario del acaecer del ser, transformamos no sólo la forma en que comprendemos el arte, sino también la forma en que comprendemos el mundo y la totalidad del ente. Por este motivo, superar la estética *es ya* superar la metafísica. Y superar la metafísica significa aprender a habitar poéticamente el mundo, dejando atrás la avidez de dominio de la época técnica; puesto que la filosofía no es tan sólo una reflexión en torno el mundo, sino también, y ante todo, una forma de experimentar la vida.

Bibliografía

- Heidegger, M. (1951) *Ser y tiempo*, México, FCE.
——— (2001) *Conferencias y artículos*, Barcelona, Serbal
——— (2001) *Tiempo y ser*, Madrid, Técnos
——— (2003) *Aportes a la filosofía. Acerca del evento*, Buenos Aires, Biblos
——— (2007) *La experiencia del pensar*, Córdoba, Copista
——— (2008) *Identidad y diferencia*, Barcelona, Anthrópos
——— (2010) *Camino del bosque*, Madrid, Alianza
Picotti, D. (2010) *Martin Heidegger. El otro comienzo del pensar y las exigencias de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Quadratta
Vattimo, G. (1986) *Introducción a Heidegger*, Barcelona, Gedisa